

Volumen XXI

Septiembre 1.º de 1926

Número 208

**REVISTA**  
del  
**COLEGIO MAYOR**  
de  
**Nuestra Señora del Rosario**

---

**Publicada bajo la dirección  
de la Consiliatura**



*Nova et vetera*

BOGOTA

IMP. DE «LA LUZ» — CARRERA 7.ª, NÚM. 590

MCMXXVI

# REVISTA

del

## Colegio Mayor de Nuestra Señora del Rosario

Bogotá, septiembre 1.º de 1926

### CONTENIDO

<i>El Positivismo</i> .....	MARCO FIDEL SUÁREZ
<i>La espinela antes de Espinel</i> .....	F. RODRÍGUEZ MARÍN
<i>Conferencia escolar—El fin de la vida</i> .....	MONSEÑOR BAUNARD
<i>Lili</i> .....	M. DE SANTIAGO F.
<i>Orientación definitiva</i> .....	L. A. CARDOZA ORTIZ
<i>Discurso</i> .....	SAAVEDRA GALINDO

El discurso que a continuación reproducimos, además de su inmenso valor como que es pieza magnífica de la filosofía y la literatura colombianas, tiene para nosotros motivos especiales de aprecio y de orgullo: lo escribió el Sr. Suárez a petición del Ilustre Prelado que paternalmente rige nuestros claustros, y fue leído por su autor el año en que de manera tan sabia como definitiva se reorganizó el Instituto del señor Torres (1893).

### EL POSITIVISMO

Señores:

Honrado por el respetable Rector de este Colegio, que se ha dignado señalarme para dirigiros esta noche la palabra, he escogido un tema tal vez muy abstracto e indudablemente superior a mis alcances. El sistema positivista—tal es mi objeto—es asunto que excede a la capacidad de un simple aficionado; pero, fiado en vuestra benevolencia, y considerando cuánto influyen estas materias sobre la moral, la política y la instrucción, atrévome a presentaros unas buenas reflexiones, que os ruego recibáis indulgentes. En estas cuestiones la importancia no se halla siempre en razón directa de su carácter concreto; antes bien, sucede que las más abstractas y ele-

vadas producen resultados prácticos y casi inmediatos, del mismo modo que la nieve acumulada en las montañas, elevada e invisible bajo brumosos velos, es la causa de las avenidas de los ríos, que producen la fertilidad o los desastres de los valles.

El positivismo deriva su nombre del adjetivo *positivo*. Sus adeptos le han dado aquella denominación refiriéndose al carácter que, según ellos, tiene esta filosofía, la cual está *puesta*, establecida y firme sobre inmovibles bases, de que resultan consecuencias necesarias; al contrario de lo que acontece en los otros sistemas, cuyos fundamentos son más o menos débiles, y cuyos desarrollos son más o menos hipotéticos. Ese nombre da, desde luego, a entender que en el inmenso campo de la filosofía los positivistas pretenden haberse apropiado aquel lote donde se halla la verdad pura y sin mezcla; trabajadores en el venero de la ciencia, han dejado a los otros los aluviones donde puede existir o no existir la riqueza que se busca, reservándose para sí aquellos donde el oro aparece nativo y brillante. Partiendo de este concepto, los positivistas han pretendido también que su filosofía se denominase *positiva*; pero como este nombre, si se admitiese aun por los que no aceptan aquel sistema, implicaría el reconocimiento de que efectivamente ésa es la única filosofía verdadera y sólida, el uso general no ha aceptado sino la denominación de filosofía *positivista*, que, conforme al genio de los idiomas cultos, expresa apenas una pretensión de escuela.

El positivismo puede definirse diciendo que es aquel sistema filosófico según el cual la razón no puede alcanzar otras verdades que las descubiertas o demostradas por la experiencia, y que desecha, por tanto, los principios metafísicos, es decir, que salen fuera de la observación sensible; las proposiciones absolutas, o sea aquellas que no pueden referirse a una comprobación material;

y las teorías *a priori*, esto es, fundadas en conceptos universales de nuestra mente.

En el cuadro de las ciencias, conforme a este sistema, ocupan el primer lugar las físicas o naturales, cuyo criterio es la inducción u observación de los hechos; en segundo lugar vienen las ciencias exactas o matemáticas, no porque posean el distintivo de necesarias o absolutas, sino en cuanto pueden demostrarse empíricamente; y finalmente, aparecen algunas ciencias relativas al individuo, a la sociedad y a las relaciones de entrambos, como son la psicología, la sociología y la moral, cuyos nombres, antiguos en parte, se han conservado por razón del objeto que estudian, pero no por razón del método, que debe ser exclusivamente experimental.

Lo que la filosofía positivista repudia de lleno es la metafísica y la teología, la ciencia de los principios absolutos y la de las causas anteriores y finales de nuestra existencia, cosas a que no pueden extenderse la experiencia ni la observación. De modo que según estos filósofos, los sistemas intelectuales de primero y segundo grado de abstracción forman verdaderas ciencias, pero no la forman los de tercero. En el primer grado se prescinde del individuo, pero no de las cualidades sensibles, para subir a la ley natural; así nacen las ciencias físicas. En el segundo se prescinde del individuo y de sus cualidades físicas, dejando apenas la cantidad, para ascender a las propiedades de la extensión y del número; y de aquí nacen las matemáticas. En el tercero se abstrae todo, hasta la cantidad, y apenas queda el concepto de ser, cosa que no puede percibirse experimentalmente, por lo cual la metafísica y la teología no pueden reputarse ciencias.

El proceso histórico de los conocimientos humanos confirma esta teoría según el positivismo, pues en él se pueden distinguir tres períodos, que son: el teológico, el

metafísico y el científico. En el primer período los fenómenos se explican por la intervención de causas sobrenaturales; en el segundo, por teorías *a priori*, por hipótesis indemostradas; en el tercero, por leyes naturales inducidas por medio de la observación y la experiencia. El viento y el rayo, para valernos de ejemplos, se atribuían en la época teológica a la voluntad de Eolo y a las iras de Júpiter; en el período metafísico se explicaban por el horror de la naturaleza al vacío y por la combustión de los vapores terrestres; finalmente, en el período positivo o científico, esos fenómenos se explican por las leyes del calor y la electricidad. Este proceso que se ha observado en las ciencias experimentales lo extienden los positivistas a toda la enciclopedia humana. Dan por demostrado lo mismo que trata de probarse, como veremos luego, y por el hecho de que la física no llega a su verdadero estado científico sino en el tercer período, establecen que lo mismo debe suceder a los otros ramos de nuestros conocimientos.

Es claro que el positivismo, repudiando la metafísica, desecha cuanto concierne a nuestra causa primera y a la naturaleza y destino de nuestro ser. La existencia de Dios, la simplicidad e inmortalidad del alma, son cosas que no pudiéndose comprobar empírica ni matemáticamente, se deben considerar como puestas fuera del alcance de la razón humana. Estos problemas se resuelven reconociendo que no tienen solución; y del mismo modo que las más afamadas academias ya no leen siquiera los estudios en que se promete la resolución de los problemas llamados áporos, porque está comprobado que esos problemas son indeterminados, así los filósofos deben persuadir a la humanidad a que no piense más en Dios ni en el alma, porque ese pensamiento es un trabajo estéril, un esfuerzo impotente.

En sus resultados prácticos, es decir, en aquellos

que se relacionan con las costumbres y con la política, la doctrina positivista coincide con el materialismo ateo. Es cierto que este último niega rotundamente la existencia del mundo espiritual, en tanto que el positivismo no afirma ni niega esa existencia sino que se ciñe a establecer que es imposible demostrarla; pero como de esta duda negativa es imposible salir según el mismo sistema, se deduce que la idea de Dios y las otras que constituyen el fundamento de todo orden religioso, son absolutamente vanas e ineficaces. Un ateo puede llegar en su delirio, como Proudhon, hasta odiar a Dios en el supuesto de que exista; un empírico no se preocupa de semejante concepto y literalmente desprecia la Divinidad, pues aparta los ojos del entendimiento de todo campo donde puede brillar la huella del Creador. Es visto que por diversos caminos ambas doctrinas conducen a un mismo resultado, cual es eliminar toda influencia religiosa sobre las costumbres del individuo y sobre las relaciones domésticas, políticas y sociales.

La primera observación que se ocurre al considerar la filosofía positivista en su aspecto exterior, es que ella choca con la naturaleza humana y con sus más hondas aspiraciones. Ni el individuo ni la humanidad experimentan disgusto porque se les diga que la cuadratura del círculo no puede resolverse o que es imposible saber a punto fijo si hay habitantes en Saturno; estas cosas, indiferentes respecto de nuestro destino, ni nos importan ni nos preocupan. Mas no sucede lo propio en cuanto a la idea de Dios y de la inmortalidad del ser que nos anima; uno que otro individuo podrá tal vez olvidar esas cuestiones y aceptar la enseñanza positivista, admitiendo que el tiempo no debe perderse en resolverlas; pero el género humano protesta prácticamente contra semejante enseñanza,

Es que el consejo del positivismo pugna con pro-

pensiones naturales, con aspiraciones indestructibles. La idea de Dios y de la inmortalidad no se pueden sacudir de la mente de los hombres, y aun sucede que penetran el espíritu a despecho de los más parapetados sistemas. ¿Quién aventajó a Littré en esta filosofía, a Littré, de quien dice Julio Simon que es el verdadero fundador de la doctrina positivista? Y sin embargo, el gran sabio vio a Dios en el momento en que sus ojos se cerraban a la luz de esta vida. El consejo de los positivistas es más antinatural que el de aquel que nos dijese que debíamos borrar el recuerdo de nuestra madre ausente.

Si pues la humanidad no puede conformarse con el fallo de los empíricos, si no se resigna a olvidar a Dios y sus destinos futuros, hay por lo menos una fuerte presunción en contra del sistema, y es que contraría la naturaleza humana. La verdad se caracteriza porque su yugo es suave y su carga ligera.

Si del aspecto exterior del sistema penetramos algo en el cuerpo de la doctrina, encontramos que su fundamento histórico es inexacto.

La física, la química, la medicina, la astronomía, todas las ciencias naturales presentan ciertamente el proceso de los tres periodos de que habla Augusto Comte; pero de eso no se sigue que a las demás ciencias les deba suceder otro tanto, a no ser que se incida en petición de principio, negándoles el carácter de tales. Por fortuna, las ciencias por excelencia en razón de su certeza, las ciencias exactas, son admitidas por todo entendimiento sano, y sin embargo no han pasado por el período teológico ni por el metafísico. El álgebra, la geometría, todos los ramos de las matemáticas, experimentan progresos y no evoluciones; su caudal se va aumentando sobre el de los tiempos anteriores, pero éste permanece invariable; nacieron exactas desde su prin-

cipio. Las verdades que descubrieron los bracmanes de la India no se mudaron en tiempo de Euclides y de Arquímedes y han llegado idénticas a Leibniz y a Descartes. De forma que el fundamento histórico del positivismo es una proposición inexacta y que carece por lo mismo de solidez.

Esto mismo puede demostrarse penetrando en la razón íntima de la doctrina y estudiando la base en que ella se funda.

Según los positivistas, el instrumento por excelencia de la razón humana es la inducción, es decir, aquella operación por la cual la mente pasa de los hechos a la ley, de los individuos al género, del fenómeno a la causa. Entre paréntesis observaremos que esta operación es natural a nuestro espíritu y no invención de ningún filósofo, ni un procedimiento exclusivo de las edades modernas. El Canciller Bacon no la inventó, por la razón muy sencilla de que él no inventó la naturaleza humana, en la cual se funda el procedimiento analítico. Lo que hizo el gran filósofo fue estudiar las leyes de la inducción, formar un sistema para explicar esas leyes y demostrar la necesidad de aplicarlas al estudio de las ciencias físicas que en la Edad Media se convirtieron en metafísica. Entonces la astronomía se reducía a sueños astrológicos, la química se fundaba en la teoría de los cuatro elementos, la medicina estaba informada por los cuatro humores; sucedía, pues, lo contrario de lo que estamos presenciando ahora, cuando las ciencias metafísicas han sido convertidas por algunos en ciencias naturales.

La inducción, decimos, pasa de los hechos a la ley; después de observarse que una sustancia sana diez veces seguidas una enfermedad, se concluye que aquélla es el antídoto de ésta; después de notarse que veinte cuerpos de diferente peso gastan un mismo tiempo para

caer de cierta altura en el vacío, se infiere que todos los cuerpos caen con igual velocidad en dicha condición. Ahora bien: ¿por qué razón nuestro espíritu se satisface con un número reducido de experiencias y acepta en virtud de ellas una ley general? ¿Cómo es que pasamos de algunos a todos? ¿Por qué un número limitadísimo de observaciones nos decide a abrazar una conclusión que abarca todos los hechos posibles, es decir, una cantidad enorme, indefinida de combinaciones? Este problema, sencillo aparentemente, ha fatigado la reflexión de muchos pensadores, desde Aristóteles hasta Royer-Collard, desde los peripatéticos hasta la escuela escocesa; y el hecho es que ninguna explicación satisface, si no se admite en nuestro espíritu una ley o principio *a priori*, es decir, anterior a la experiencia y por lo mismo independiente de ella.

Se dirá, verbigracia, que aquello se funda en el cálculo de las probabilidades; pero al obrar inductivamente nadie piensa en tal cálculo, y el niño recién nacido que busca el seno de la madre después de haberse alimentado con él la primera vez, ignora completamente las fórmulas matemáticas. Se dirá que el tránsito de algunos hechos a la ley que los comprende todos, se funda en la estabilidad de las leyes de la naturaleza; pero tal estabilidad no nos consta sino por la experiencia y la observación, de modo que, según esa teoría, la inducción estribaría en la constancia de las leyes naturales, y esta última se fundaría en la inducción. Hay que reconocer, pues, que nuestra mente, cuando se eleva de lo individual a lo genérico, de los fenómenos a la ley, y de los hechos a su causa, obedece a una ley que precede a la experiencia; luego el positivismo yerra al negar la existencia de principios anteriores a la observación.

La comparación entre las verdades contingentes y las verdades necesarias nos brinda también un argu-

mento decisivo en contra del positivismo. Todos reconocemos que hay dos clases de certeza y de verdad: la que se refiere a hechos físicos cuyos fundamentos son las leyes naturales, y la que concierne a los axiomas y que estriba en la evidencia percibida por la razón. Que el sol es centro del sistema planetario es una proposición de la primera clase, cuya contraria puede concebir nuestro espíritu sin ningún inconveniente; que la parte es menor que el todo, que el número infinito es imposible, son verdades de la segunda clase, es decir, necesarias, porque la mente no puede concebir las de otro modo. Las verdades matemáticas son de esta última especie, y las leyes o principios de las ciencias físicas pertenecen a la primera.

Según los positivistas, tanto las verdades del orden contingente como las del orden necesario, provienen de la observación y la experiencia; pero esta teoría no puede explicar la diferencia entre las ciencias exactas y las ciencias naturales. ¿Por qué la observación produce en unos casos verdades del orden contingente, y en otros del orden necesario? ¿Cómo es que, siempre analizando, el producto de la análisis es en unos casos una proposición enteramente hipotética, y en otros una proposición tan absoluta como un axioma?

De aquí se sigue que, además de la inducción, poseemos la evidencia, por la cual nos ponemos en relación con verdades del orden metafísico; se infiere que nuestra mente no sólo vive del pan material de las verdades experimentales, sino que percibe un mundo distinto que está formado por las verdades necesarias; y se deduce que los positivistas mutilan la razón humana por el hecho de despojarla de sus relaciones con lo absoluto.

Ni es exacto que las verdades matemáticas sean siempre demostrables por la experiencia, como pretende la

filosofía empírica. Las series, por ejemplo, presentan teoremas que no pueden comprobarse de un modo experimental. En una serie decreciente de exponente igual a  $\frac{1}{2}$ , el primer término, o sea la unidad, es igual a la suma de todos los otros llevada al infinito; esto demuestra el cálculo, y sin embargo la observación no puede comprobarlo. Si tomamos un cuerpo cualquiera y, dividiéndolo en dos partes iguales, ponemos en el plato de una balanza la una mitad y en el otro las fracciones que vayan quedando de dividir siempre en dos el último residuo, no podremos demostrar prácticamente la igualdad de peso entre la primera parte y el conjunto de todas las otras, porque para eso sería preciso llevar la división al infinito, lo cual es imposible. Además, todos compadecemos los esfuerzos que hacen algunos espíritus demasiado entusiastas por resolver ciertos problemas irresolubles valiéndose de procedimientos empíricos, porque sabemos que las ciencias exactas perderían su real diadema el día en que fuesen pedestres secuaces de la experimentación sensible.

Nadie puede negar cuánto deben las ciencias, la industria y el humano bienestar al método inductivo y a la análisis de los hechos por medio de los sentidos y de los instrumentos con que éstos se perfeccionan. Sin embargo, no debe olvidarse que la experiencia por sí sola y el fallo aislado de los sentidos no nos conducen al conocimiento de la verdad si no se auxilian de la razón y de la evidencia metafísica.

¿Qué cosa más natural que pensar que los colores, como nos dice la vista, están en los objetos exteriores? Y no obstante, la razón nos demuestra que ese pensamiento es un error y una ilusión. Pongamos entre el objeto y nuestros ojos un prisma cristalino, y veremos el primero con colores diversos de los que ordinariamente presenta: ¿dónde se hallan estos nuevos matices?

no en el objeto, pues si quitamos el prisma, aquél recobra su anterior aspecto; no en el prisma, porque él es enteramente transparente; no en la luz, que en sí es incolora y no llega a ser visible sino cuando algún objeto la refleja, siendo enteramente negra en el vacío. En las tinieblas, las presiones que ejercemos sobre los ojos nos hacen ver destellos que en ninguna parte exterior a nosotros existen. El color del objeto no es, pues, sino la forma de nuestra sensación, tal que desapareciendo la visión, el universo quedaría absolutamente oscuro. Esto que sucede con los colores sucede también con el sonido, que no es objetivamente más que una vibración molecular transmitida a nuestros órganos. Otro tanto, y aun con menos repugnancia, podemos admitir respecto de la temperatura, los olores, la dureza y demás formas sensibles de las cosas materiales.

Puede decirse que vivimos sumergidos en perpetua ilusión. El brillo de la remota estrella, el azul del cielo que hace revivir nuestra esperanza, la ojeada que dejó en el corazón huella indeleble, las armonías de la música, la despedida cuyo eco resuena para siempre en nuestros oídos, no son, fuéramos de nosotros, más que cúmulos de átomos agitados de varios movimientos y que reflejan diversamente el flúido que llena los espacios. Suprimido el sér que percibe esas formas, apenas quedaría la multiplicidad de la materia y la fuerza que la agita; donde está la vida es en el sér viviente; en lo exterior sólo existe el polvo oscuro, silencioso, que recibe misterioso soplo para ir a producir en los diversos seres sensitivos las ilusiones de que se viste el universo. De este modo ¡cosa admirable! aquel «Vanidad de vanidades» que se escucha como el eco de universal desengaño al través de los siglos, viene a confirmarse por la metafísica; y de este modo Newton viene a corroborar lo que dijo Salomón.

Si a esto se agrega que las dimensiones que nos aterran por su magnitud o por su pequeñez son todas relativas, nos persuadiremos de que reducir los criterios de la mente a la sola experiencia es rebajar nuestras facultades. ¡Qué distancia la que nos separa del sol y sin embargo, ella, comparada con la de la estrella más cercana, es apenas como un minuto a un año; y esta última, comparada con la de otros astros, causa vértigo a la mente. Con todo, si dentro de las moléculas de una piedra hay seres vivientes, acaso ellos vean con el mismo asombro los átomos más cercanos, que para ellos serán soles y estrellas. Y al contrario, si en lo por venir llegan los mortales a perfeccionar sus instrumentos hasta el extremo de que la bóveda celeste aparezca al través del telescopio como un inmenso palio de oro, ellos pensarán, más espontáneamente que hoy, que todos esos astros son apenas moléculas de una esfera movida por el querer de Dios.

Ni es solamente en la vida ordinaria donde caben las ilusiones de los sentidos; aun en aquellos actos en que hay una intención científica, si así puede decirse, la sola experiencia puede producir y mantener graves errores. El « arte sagrado » que llamaron los antiguos no era sino los delirios de un empirismo exagerado y falto de crítica, que engendró los absurdos de la alquimia y de las ciencias ocultas. Los sacerdotes de Isis, con sus procedimientos misteriosos, creían componer y descomponer la materia, a imitación del Señor del universo. Plotino vertía cenizas de plomo en un mortero ardiente donde hubiese granos de trigo, de cuya combinación resultaba el metal primitivo, como resucitado por el vivificante grano. La ciencia verdadera no comienza sino cuando la inteligencia descubre la verdadera causa y da de ese modo forma al material preparado por la observación. Y el mero cálculo, los sólo principios

absolutos pueden también descubrir cosas que parecían reservadas al análisis y a la experiencia: Leverrier encontró a Neptuno en una cuartilla de papel.

Unas breves reflexiones acerca de ciertas ideas fundamentales sirven también para comprobar la falsedad de las teorías positivistas.

En el fondo de todos los actos de nuestra mente se encuentra la idea de ser, que es la más universal de todas; de forma que aunque se repudie la teoría de las ideas innatas, tenemos que reconocer que una de las primeras leyes mentales—la mente también tiene leyes—es la de percibir las cosas bajo la razón de ser. La abstracción y la generalización, operaciones que distinguen al hombre del bruto, obedecen a esa ley y se fundan en aquella idea. Todo lo cual comprueba que el análisis u observación de los hechos individuales no basta a las necesidades de la inteligencia humana.

Nuestras principales y más elevadas ideas son independientes de la experiencia y aun contrarias a ella. La idea de sustancia, o sea de aquel sujeto que permanece subsistente al través de las modificaciones, no puede provenir de los sentidos, incapaces de percibir la esencia de las cosas. La tierra que se convierte en madera, la madera en carbón, el carbón en ceniza, la ceniza en líquido y el líquido en vapor, ocasionan una cadena de percepciones comunes al hombre con el bruto; pero sólo el primero se eleva, al través de esas mudanzas, al concepto de la materia prima que soporta la serie de las formas. La idea de infinito es contraria a la experiencia de los sentidos, que por doquiera nos ofrece seres limitados. La misma noción de causa, es decir, aquel vínculo o relación que liga al sér producido con el que lo produce, no procede de la mera experiencia, que apenas nos demuestra la coexistencia o sucesión de las cosas.

Si al espíritu no le llegasen sino los materiales acumulados por la percepción de los sentidos, y si sobre ellos no obrase la actividad de nuestra inteligencia dotada de leyes independientes de aquella percepción, desaparecerían las ideas generales, que son la base de todos los actos de la inteligencia.

Cuando abstraemos y generalizamos, cuando olvidados de las olas sensibles que por doquiera circundan nuestra nave, nos elevamos a la contemplación de las verdades primeras, nos ponemos en relación con un mundo más verdadero que el que ordinariamente nos rodea. No recordamos quién fue el que dijo que las verdades absolutas son para el alma como voces y clamores de otro mundo.

Viéndolo bien, si hay algo real es la metafísica. Todo lo sensible es ilusorio en la forma que presenta, y contingente en el fondo que guarda. Nuestra alma respecto de la materia se encuentra sumergida en una atmósfera de vanos espejismos, en un mar de engañosas olas. La verdadera realidad está en el alma que refleja esas formas exteriores, en las leyes que la rigen, en los seres que le son semejantes y en la causa soberana de que procede. Berkeley y todos los idealistas erraron al negar la existencia de las cosas exteriores respecto de nuestra alma; pero no se hubieran equivocado al decir que los fenómenos son meras apariencias regidas por verdaderas leyes; Fichte y los panteístas erraron por confundir el alma con el universo, pero se hubieran librado de ese error si se hubiesen reducido a decir que la primera realidad es la del espíritu y de su causa. Aquella palabra de nuestro Salvador «El reino de Dios está dentro de vosotros» tiene aquí perfecto cumplimiento.

Y aunque nos salgamos un momento de la cuestión, que es hacer la crítica del empirismo, hemos de notar que

las ideas más universales demuestran por sí solas la existencia de lo metafísico y suprasensible. Pasteur, el experimentador más notable tal vez de este siglo, al entrar en el templo donde Francia corona el genio, demostró la existencia de lo Infinito. Si cuanto vemos tiene un límite, debe existir el sér que a todos los límites; si todo es relativo, mudable y contingente, tiene que existir el Absoluto, el Inmutable, el Necesario; si todo es efímero, y por consiguiente efecto, debe existir la causa primera y la razón final de todo.

Hasta aquí hemos procurado considerar la filosofía positivista en el campo de demostraciones más o menos directas, analizando sus fundamentos y el carácter de algunas de nuestras principales ideas. También podemos alcanzar conclusiones análogas si recurrimos al mismo criterio de la experiencia para estudiar el sistema de los empíricos.

El hombre es libre. En este hecho se hallan acordes todos los pueblos y todos los tiempos. Uno que otro filósofo niega esta verdad, pero la especie entera la acepta y defiende como base del orden moral, de la legislación, del mérito, de las recompensas y de las penas. Aun los mismos que pretenden nivelar al hombre con el bruto para los efectos de la ley penal, inciden en contradicción, pues sólo retiran el campo de la libertad; Lombroso quita a las masas el albedrío, convirtiéndolas en máquinas de crímenes y vicios, pero al propio tiempo recomienda al legislador y al juez los medios de educar al pueblo y de mejorar sus tendencias; de modo que aunque las masas no son libres, el juez y el legislador sí lo son; ¡la libertad resulta de la designación o de la elección popular!

Sobre todo, en la edad actual y en los pueblos cristianos no es lícito dudar de la libertad interna, porque destruida ésta, ¿qué razón quedaría para defender la liber-

tad política y civil? Los partidarios del determinismo son necesariamente antiliberales, y en nuestro país, oh, señores! donde la libertad tiene altares indestructibles, debemos considerar como enemigos de la patria a cuantos nieguen el libre albedrío, a cuantos enseñan la diversidad específica de las razas humanas y el destino natural del débil a perecer oprimido.

Ahora bien: si somos libres no podemos ser materia, porque los fenómenos físicos y químicos de la materia, son enteramente fatales; esta bujía no tiene libertad para dejar de alumbrarnos, ni el agua está facultada para correr hacia arriba. La espontaneidad de mis propios actos prueba que no soy mera materia, porque en tal supuesto esos actos serían fatales como la combustión o la caída de los cuerpos. Ninguna materia es libre—podemos decir—, el hombre es libre, luego no es mera materia; y parodiando a un célebre filósofo podemos concluir: soy libre, luego soy espíritu.

Y no hay que pensar que esta prueba se debilita con las cavilaciones de los sistemas opuestos a la libertad, pues sus argumentos, contrariando el común sentir de la humanidad, nunca pueden dominarla. El determinismo puede cautivar la atención de algunos pensadores; pero a los hombres en general no podrá persuadirles de que somos máquinas irresponsables, o fieras más o menos educadas. El argumento del sentido común sale victorioso siempre sobre todos los demás; y del propio modo que el mejor estilo, después de recorrerse el ciclo de todas las literaturas, resulta ser el de Tucídides, que es el más sencillo y más espontáneo, la mejor filosofía es la que consulta aquel instinto de la especie humana.

Lo extraordinario, lo sobrenatural se ha realizado a la vista del hombre en todos los tiempos y lugares. La crítica comprueba la realidad de los milagros en que se funda la fe cristiana, y la Providencia comprueba su posibi-

lidad, realizando prodigios en todas épocas. La magia, con diversos nombres, ha existido siempre, permitida tal vez por Dios como una comprobación práctica de lo invisible. Lo maravilloso, el milagro, no es privativo de los antiguos siglos del mundo o de las primeras edades del Cristianismo, pues la historia registra hechos recientes y existen sucesos contemporáneos plenamente comprobados, que no dejan duda de la realidad de lo sobrenatural. En los albores de la Revolución Francesa, Cazotte profetizó de un modo tan extraordinario como el de los vaticinios que se registran en las Sagradas Letras, y el espiritismo es hoy prueba palmaria en contra de la filosofía materialista. Ahora mismo Zola ha ido a Lourdes con la intención de escribir una *Debâcle* más interesante que la de Sedán, y el milagro perenne y evidente lo ha dejado desarmado. En Inglaterra se coleccionan las historias de centenares de casos extraordinarios sucedidos a determinadas personas, cuya explicación es a veces imposible sin el influjo de un mundo superior.

Tan profunda se halla en nosotros la convicción de que existe el mundo suprasensible, que aun los mismos positivistas, olvidando sus teorías, ensayan armonizarlas con la doctrina espiritualista. Hace pocos años se publicó en la *Revista de ambos mundos* un estudio titulado *La hipótesis de la inmortalidad en la teoría de la evolución*, en donde se trata de probar que aun admitiendo que todo nuestro ser no sea más que materia, la evolución de ésta podría explicar nuestra inmortalidad. Un escritor que reunió al más bello estilo, la lógica más débil y el carácter más mudable, escribió en la misma revista, poco antes de morir, un estudio en que niega rotundamente que jamás la humanidad haya estado en relación con lo invisible, y no obstante concluye que ella no podrá prescindir nunca de sus ilusiones.

Esta convicción, o por lo menos la tendencia a ella, explica en mucha parte la conducta de los hombres. El conocido monólogo de Hamlet no es el simple dilema que el uso ha aplicado a expresar la incompatibilidad de dos ideas o de dos hechos, sino que encierra una grave enseñanza filosófica; ese monólogo es la duda en presencia de la muerte. ¿Qué es morir? ¿Es acaso un dulce sueño o el reposo absoluto de la nada? Esto es—dice Shakespeare—lo que detiene al borde del sepulcro al hombre que se siente esclavo del infortunio y la desesperación. Si las inclinaciones naturales no se rebelasen contra las enseñanzas positivistas, la muerte voluntaria segaría diariamente multitud de desgraciados.

Todo corazón apela en ciertos momentos a una justicia invisible y paternal. Así como la inteligencia escucha las voces de otro mundo cuando percibe las verdades absolutas, en el corazón se refleja la imagen de Dios bajo la forma de la justicia. Luégo que la Revolución Francesa comenzó a devorar a sus propios hijos, y que aquellos desgraciados se convencieron de que todos ellos iban cayendo en la sima que para otros habían abierto, se dedicaban a escribir; escribían, escribían—observa un historiador—y apelaban de las injusticias del Terror para ante el tribunal de la posteridad; pero los fallos de la posteridad no siempre llegan ni se cumplen en favor de los desconocidos. Cuando tenemos la conciencia tranquila, y con todo la calumnia nos clava su diente; cuando estamos convencidos de nuestro derecho, y sin embargo él es desatendido, apelamos al invisible Juez y esperamos en su incorruptible justicia.

La justicia, cuya idea vivifica el orden moral, así como la evidencia es la base del orden intelectual, refuta victoriosamente el positivismo. Si éste fuera cierto, la bondad y el mérito de las acciones serían demostrables con ecuaciones o se comprobarían con instrumentos;

pero sin recurrir a tales absurdos, todos los hombres continúan admirando la virtud y detestando el crimen.

Para concluir esta exposición, vamos a referirnos brevemente a la influencia que las teorías positivistas ejercen en los individuos y en las sociedades. Ya se ve que estas influencias tienen que ser sumamente nocivas, pues desde que el positivismo elimina toda idea religiosa desquicia por completo el orden moral, de la misma manera que se destruiría el orden cósmico si se suprimiera la gravitación universal.

El primer resultado que tiene de producir esta falsa filosofía es el refinamiento del egoísmo, dado que por experiencia sabemos que el amor de Dios es la única base suficiente de la caridad entre los hombres; la familia, cuya perpetuidad y organización no pueden provenir de un mero vínculo voluntario, tiene que desaparecer por la misma causa; el Estado, que no puede existir organizado y próspero sino mediante la paz y la justicia, se convierte en una agrupación heterogénea y tumultuosa desde que se niega el origen divino de la autoridad y la fuente ultraterrena de las leyes; el triunfo del más fuerte queda así justificado por la filosofía y la tiranía singular o anárquica reemplaza el gobierno de la razón y del derecho.

Sobre las costumbres, el influjo del positivismo tiene que ser desastroso, pues sistemáticamente fomenta los apetitos, halaga las pasiones y deja sin explicación el sacrificio y el honor. Pero hay, sobre todo, una pasión, característica de nuestra época, que nace necesariamente de la propagación de las ideas positivistas y debe a ellas el creciente imperio que va alcanzando sobre los corazones: me refiero a la codicia, a la idolatría del dinero, pasión que degrada al hombre más que otra alguna y en la cual no cabe nunca disculpa porque jamás recibe la atenuación del acto primo. El hombre ve en el dinero el medio universal, el *valor* omnipotente que alcanza

todos los placeres y todas las satisfacciones, y persuadido de que su fin consiste en la consecución de estos bienes, llega a adorar el instrumento con que los obtiene. Por eso la codicia actual no es ya aquella de que hablaba Rioja, que en manos de la suerte y aliada de la gloria, se arrojaba al mar y junto con el oro conquistaba también la fama; la codicia de ahora es enteramente plebeya y positiva hasta el extremo de poner en peligro los más poderosos gobiernos y hasta el punto de arrojar al crisol donde se funde el oro las coronas conquistadas por el mérito.

Bajo las influencias del positivismo la humanidad va perdiendo la verdadera idea de la vida y de la muerte. La vida, según la religión y la filosofía, es un campo de batalla donde se gana una corona inmortal, o una era donde cada cual hace fructificar, a los ojos de Dios, el grano de las virtudes, o una navegación que tiene por meta el puerto de la dicha eterna; según el positivismo, la vida es un juego permanente de la fatalidad en que somos de continuo engañados por la esperanza y vencidos al fin por el dolor. La muerte, conforme al mismo sistema, es la extinción completa de una débil llama, la desaparición de una espuma que perece para siempre. De este modo el positivismo borra del corazón el más consolador, el más dulce de los sentimientos, que es la esperanza, la cual ilumina las tinieblas del sepulcro, y nos dice que al morir somos como el ave que después de tormentoso día llega, entre la sombra del crepúsculo, y posándose en la rama del árbol protector, se duerme confiada en los fulgores de una nueva aurora.

Junio, 1893.